

## VI

Quando á la mañana siguiente Jaime despertó, no se sintió muy animoso. Le pesaba la cabeza, los oídos le zumbaban, y á ellos llegaba un ruido extraño que le llenaba de inquietud. Saltó de la cama, miró por la ventana, y al pie del muro vió que la rueda del molino, acompasadamente y chorreando, daba vueltas y más vueltas. Vistióse precipitadamente y salió de su habitación. Entre la nube de dorado y ligero polvo que revoloteaba, y bañada por un rayo de sol, distinguió á Ceferina que junto al cernedor metía en sacos el salvado. Como Jaime se acercaba con la cabeza gacha, pues los recuerdos de la noche anterior le daban vueltas por la imaginación, la joven le dirigió una sonrisa y con entonación en la que no se podía advertir el más ligero asomo de rencor, le dijo:

— Muy buenos días, Jaime. La criba es demasiado grande y, en consecuencia, la harina no sale bastante bien.



— ¿Hace mucho que esta trabajando, Ceferina?  
preguntó el molinero (pág. 239).

Si fuese más fina, se vendería mejor, de manera que será preciso cambiar los cedazos.

— ¿Hace mucho que está trabajando, Ceferina? — preguntó el molinero más cohibido por la amabilidad de la joven que si le hubiese dirigido reproches.

— Pues, desde que ha amanecido... Son las ocho, y su madre y yo le hemos esperado para que desayunásemos juntos...

Se paró el molino, y con paso seguro la anciana madre de Siblot bajó la escalera. La pobre mujer sonreía también, y apoyándose cariñosamente en el hombro de su hijo le hizo entrar en la cocina, y le dijo:

— Para ti y para mi hay sopa... Ceferina está acostumbrada al café con leche, como las señoritas de la ciudad, y respetaremos sus gustos...

Jaime se sentó dando visibles muestras de taciturnidad pues recordaba que la joven, á media noche, había cruzado el prado para despedir al Nutria que esperaba en la barca. ¿Qué habría ocurrido? Y á pesar de que estaba ansioso por saberlo, no se atrevía á preguntar. Se desayunaron en silencio, y como las dos mujeres, de hablar tenían que hacerle cargos, prefirieron callar. Por su parte Jaime tenía miedo y callaba... El desayuno terminaba cuando un silbido estridente y prolongado que venía del río llegó hasta ellos.

— ¡ Es Bernardo ! — exclamó Jaime contrariado.

— Sin duda trae su barca — contestó Ceferina, — y ese silbido es para llamarle. Yo creo, Jaime, que no

debe hacer esperar á su amigo que, según parece, no tiene mucha paciencia...

— ¿No se condujo bien con usted, Ceferina? — preguntó el molinero con rudeza. — Si así fué es preciso que me lo diga para que le dé una lección...

— No, nada de eso — dijo Ceferina sonriendo. — Además, yo no temo á nadie, y he hecho entrar en razón á otros más temibles que él.

Un nuevo silbido vibró en el espacio.

— Ese muchado se irrita. Como le tiene usted acostumbrado á hacer su santa voluntad, se le antoja extraordinario que no obedezca al punto cuando manda.

— ¡ Cuando manda, cuando manda! — murmuró Jaime. — No tiene ningún derecho para mandarme. Sólo mi madre me puede mandar.

Y volviéndose hacia la joven añadió :

— Mi madre y usted, Ceferina...

— ¡ Oh ! ¿ Yo ?

— Esta noche, cuando he querido salir, ¿ no ha sido usted quien me lo ha impedido ? Eso me parece que es mandar...

— Bueno, bueno, olvidemos eso — dijo Ceferina con tristeza, — no es nada agradable, y sinceramente se lo digo, no quisiera volver á verle como le he visto, pues dejaría de interesarme por usted.

Desde mucho más cerca, persistente y tenaz, un tercer silbido llegó al molino.

— Ya voy, ya voy — exclamó Jaime mal humorado,

y rechazando el plato que tenía delante : — ¿ qué diablo debe ocurrir para que silbe como una culebra ?



Y, abriendo la puerta, salió al prado. La yegua gris, que pacía en el césped del campo de manzanos, relinchó con

fuerza al reconocer á su amo y le siguió rumiando un buen manojo de fresca hierba. Al llegar á la orilla Jaime vió la barca, y en la popa á Gloria, la hija de Thiriot, rodeada por una montaña de paquetes. Bernardo, con la pipa en la boca y el perro á sus pies, se apoyaba en los remos.

— Si hubieses sabido que traía á bordo á una pasajera tan guapa, creo que no te hubieras hecho esperar tanto — dijo el matutero con irónica alegría.

— He suplicado á Bernardo que me trajese con el resto del equipaje de Ceferina — agregó la hija del hostelero — y si no he querido verla antes, ha sido porque no sabía dónde estaba.

— Entonces ¿quiere usted hablar con ella?

— Sí, si no se opone, eso es lo que deseo. Tenga la bondad de llevar esos paquetes que pesan demasiado para mí, y avísela. La esperaré en el vallado.

Saltó á tierra ayudada por el molinero, y se sentó al pie de un manzano mientras Jaime, sin decir palabra, cargaba con los paquetes que en la barca habían traído.

— Supongo que volverás — dijo El Nutria. — Ato la barca y luego nos vamos ¿no es eso?

— No. Tengo que trabajar en el molino contestó Jaime con firmeza. — Vete sin mí.

— ¿Me plantas? ¿Qué significa eso?

— Oye, Oye, — replicó el molinero con arrebató: — ¿acaso no soy dueño de hacer lo que me de la gana? Si no voy contigo, será por que tendré motivos para quedarme...

— Esos motivos no los tenías ayer — murmuró el matutero.

— Es posible.

— ¿Vas á reguralizar tu vida?

— Si así me acomoda...

— Hay mujeres de por medio — masculló Bernardo lanzando bocanadas de humo. — Hay mujeres...

— ¡Basta! — replicó Jaime. — Vete á donde quieras y déjame en paz.

Y alejándose rápidamente cruzó el prado y entró en el molino.

— ¡Bueno! Si podía figurarme lo que ocurre — exclamó El Nutria — que me sirvan de veneno las copas que tomaré de aquí al domingo.

Saltó á tierra, ató al poste la cadena de la barca, y volviéndose hacia Gloria la dijo:

— ¿Ya no me necesita? ¿Puedo marcharme como me ha aconsejado mi amigo?

— No hay inconveniente; yo espero á Ceferina y si no quisiese verme me iría por la carretera.

— Entonces, muy buenos días. Y diga á su padre que cuando quiera líquidos no tiene más que avisar. ¡Yo sé donde está la fábrica!

Llamó silbando al perro que se plantó en la orilla de un salto, y haciendo girar velozmente la vara de fresno que llevaba atada á la muñeca con una correa, desapareció tras los sauces. Por espacio de unos minutos, Gloria, protegida del sol por su sombrero de paja, aspiró el aire

vivificante de los prados que la hierbabuena y el tomillo embalsamaban, y, con los ojos fijos en la colina de Campardón, permaneció inmóvil y ensimismada. El zumbido de la rueda que empezaba nuevamente á girar la arrancó de su quietud, y al mismo tiempo sintió que una mano se posaba en su hombro. Volvió la cabeza y se encontró cara á cara con Ceferina. Gloria, que aun siendo algo vanidosilla tenía buen fondo, sintió que el corazón le daba un vuelco, y su primer impulso fué abrazar á su compañera de la niñez. Los ojos de Ceferina se llenaron de lágrimas que silenciosamente rodaron por sus mejillas, y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para hablar.

— Has querido verme Gloria, y eso me indica que al perderme de vista no me has olvidado. Ven, alejémonos del molino, pues el ruido del agua ahogaría nuestras voces.

Y cogiendo á su hermana de leche por un brazo la llevo á un recodo del río, junto á una valla de oxiacantas, y allí se sentaron. Las jóvenes se miraron con fijeza y las dos, impresionadas por la soledad que las rodeaba y por lo que pensaban y no se atrevían á decir, sonrieron con tristeza. Gloria se apoderó de las manos de su amiga, las estrechó, y dijo con ternura:

— ¿Cómo es posible que hayas querido quitarte la vida sin antes verme y hablarme? Ceferina, lo que intentaste es horrible, y si hubieses realizado tu pensamiento no sé lo que hubiera sido de mí. Al tener noticia de lo que

hiciste se me desgarró el corazón. ¿Acaso crees que hay un hombre en el mundo que pueda preferirlo á ti?

— Gloria, al recibir golpe tan rudo no pude reflexionar y de mí se apoderó una especie de locura... No tenía más que un fin: huir del lugar donde acababa de convencerme de mi desgracia y ocultarme para que nadie pudiese ver mi desesperación.

— Y ¿cómo lo supiste?

— Yo misma lo oí todo.

— ¿Dónde?

— Durante el baile. Me encontraba junto al cenador mientras hablabas con Pedro Doublet.

— Entonces, creo que no me acusarás, pues debiste convencerme de que me he conducido lealmente.

— Sí, ya lo sé. No perdí ni una de tus palabras, y comprendí que Pedro no te interesaba más que otro cualquiera, y que del mismo modo hubieras hablado con el pasante del notario Amurat... Pero él... Pedro Doublet... ¡Tener que oír cuanto te dijo después de lo que me había dicho á mí!... Mi corazón se hizo pedazos. No pude continuar allí, silenciosa é inmóvil, y tuve que correr, gritar, cruzar los campos á través de las tinieblas, como una insensata, y fuera de mí, y no á causa de mi abandono, sino á causa de la cobardía humana.

— Óyeme, Ceferina; yo he venido para decirte que no accederé nunca á casarme con Doublet, y que será preciso te cumpla sus promesas...

— ¡Eso sí que no! Yo no soy mujer con quien un

hombre se case por obligación; además, después de haberle oído hablar como te hablaba en el cenador del jardincito, no me sería posible creer en sus palabras. Ahora sé que ese hombre tiene dos voces y muy distintas una de otra, y que aquella con que me prodigó sus promesas era falsa y mentirosa. No quiero oirla más.

— Entonces ¿qué debo hacer, Ceferina? Te ruego me aconsejes...

— Si el herrero no te disgusta, cástate con él. Tu padre lo desea, y la ciudad entera sabe que sois novios. Si rompías con él, el escándalo sería grande y precisaría dar explicaciones que no serían ni ventajosas para Doublet ni halagadoras para mí. Nunca está bien que un joven abandone y deje plantada á una muchacha, y como no faltan gentes dispuestas á buscar los motivos de la ruptura, resulta que lo que inventan es menos sencillo que la verdad. Doublet está en buena posición y no es mal muchacho. No se puede negar que es débil... y como tú tienes fama de rica y eres bonita, no se necesitaba más para trastornarle el juicio.

— ¿Le defiendes?

— ¿Qué adelantaría con acusarle? No creo que consiguiese nada con ello. Mira, Doublet es un hombre como todos los demás, ni mejor ni peor que los demás. Me he convencido de que es egoísta y de que tiene apego al dinero. Es un buen mozo que halagará tu amor propio y no malgastará tu fortuna, pues no tiene vicios y es trabajador. Le falta resolución, y en cuanto ha comprendido

que podría casarse contigo me ha dejado plantada. Harás de él lo que se te antoje, y lo manejarás á tu gusto: así pues, cástate, Gloria, y en casa del herrero serás la dueña absoluta. Siempre será mejor eso que ser criada en casa del notario.

— Pero tú, Ceferina ¿no experimentarás ningún pesar?

— Ninguno. Parece increíble, y yo misma no acierto á comprenderlo. Lo que sentía por Doublet se ha borrado de mi alma hasta el extremo que me pregunto si es cierto que le he querido y si no fué todo pura ilusión. Cuando me lo represento en la imaginación no le veo como le veía. Para mí es otro ser, desconocido, indiferente. Si viniese aquí, á buscarme y perseguirme, le enviaría enhoramala como á un importuno cualquiera. Es un fenómeno que no me puedo explicar, pero que te describo como es realmente, con entera franqueza y sin atenuación alguna. Ese amor se ha desprendido de mi corazón como los frutos malos se desprenden de las ramas, y para hablarte como te hablo no hago el menor esfuerzo. Cree que no represento ninguna comedia y que te digo la pura verdad.

— Y tú ¿qué vas á hacer? No puedes seguir en casa de gentes que te son extrañas y que no gozan de buena reputación.

— La madre de Siblot es una mujer excelente á la que no conocen porque nunca sale de su casa. En cuanto á su hijo, es mucho mejor de lo que se dice. Además,

él fué quien me sacó del Verpière y no puedo ni debo olvidar esto tan pronto. Y trabajar en su casa ó trabajar en otra parte, prefiero continuar en el molino, en la soledad de los prados y á orillas del río que ha estado á punto de ser mi tumba.

— Es que mi padre no quiere que salgas de casa con las manos vacías. Durante diez años nos has consagrado tu tiempo, tu esfuerzo, tu celo, y eso vale algo...

— Es cierto que bajo vuestro techo he vivido sin preocuparme, y, que trabajando á vuestro lado, he hecho cuanto he podido para el bien y la prosperidad de la casa. Yo era dichosa pues me queríais, tanto tú como tu padre, y ese, créelo, es el mejor recuerdo de mi vida. Yo daba mi trabajo, vosotros me dabais vuestro cariño, y por lo tanto estamos en paz.

— ¿De modo que no quieres volver á nuestro lado?

— Eso no es posible. Pedro vive frente á tu casa y todos vuestros parroquianos y los suyos conocerían la historia. Constantemente tendría que soportar alusiones, burlas tal vez, y la existencia llegaría á ser intolerable para todo. Y tal vez las cosas se pondrían de manera que vosotros mismos, después de haberme suplicado que volviese, me aconsejaríais que me marchase. Mejor será, ya que estoy fuera y que mi resolución es firme, que todo siga así. Eso es razonable y digno.

Las lágrimas, resbalando por las mejillas de Gloria, llegaron á sus labios.

— ¡ Ah ! — exclamó, — si supieses la pena que me

causas, Ceferina. Comprendo que cuanto me dices es justo, que no se puede razonar mejor, pero al mismo tiempo me siento humillada y lastimada al pensar que soy causa de tus tristezas y que á pesar mío no puedo consolarlas...

— Vamos, Gloria, mi querida Gloria, no te atormentes por tan poco pues la cosa no lo merece. Es lógico y natural que un hombre, teniendo que escoger entre nosotras dos, se decidiese por ti. ¡ No se deben pedir imposibles ! Además, estoy acostumbrada á verte triunfar siempre y en todas partes, y forzosamente tengo que recordar que la caridad me recogió y me educó. Tú eres una señorita, y justamente brillas y te cortejan. Ya ves que lejos de estar celosa de ti me alegro de tus triunfos, y con todo mi corazón deseo que la vida sea para ti todo lo agradable que mereces.

Se pusieron en pie, y en medio del lejano ruido de la rueda que chapaleaba y giraba sin cesar, cruzaron el vallado y llegaron á la carretera que va de San Martín á Aygueville, que blanqueaba el sol.

— ¿ Tu decisión es irrevocable ? — preguntó aún la hija de Thiriot, — ¿ No quieres moverte de aquí ?

— No. Por el momento, aquí he encontrado la calma y la tranquilidad, que es cuanto necesito. Además, tal vez tenga algo bueno que hacer.

Dió un beso á Gloria, cortó una flor que prendió á su cuerpo, y sin decir nada más cruzó el prado y se dirigió hacia el molino. Entregándose al trabajo con entu-

siasmo, Jaime, á quien su madre contemplaba con asombro, llenaba los sacos de harina y había colocado ya lo menos veinte á lo largo de la pared. La madre de Siblot vertía el grano en la tolva, y con regular lentitud las muelas aplastaban el trigo. Jaime, empolvado como un payaso, se dirigió á la joven, y levantado la voz para dominar el ronquido de la muela, la dijo con ansiedad:

— ¿Qué quería Gloria?

— Quería verme, pues teníamos que hablar...

— Apuesto á que en el *Sol de Oro* la echan de menos. ¿Verdad que ha venido á buscarla?... Allí hará usted mucha falta... y será difícil, muy difícil que la reemplacen.

— El padre de Gloria sabía que yo no había de volver á su casa y ha querido ofrecerme el dinero que cree he ganado á su servicio.

— Y que el muy avaro no le ha pagado nunca. ¿Ha aceptado usted?

— No, no tengo ninguna necesidad de sus liberalidades pues mis brazos me bastan.

— Y que son famosos — exclamó Jaime con repentina alegría. Vamos, Ceferina, quédese con mi madre que estará contentísima, y yo le juro que aquí no se la atormentará lo más mínimo.

Ceferina se sentó en uno de los sacos que Jaime acababa de llenar, y permaneció unos instantes pensativa. El molinero le preguntó con inquietud:

— ¿No me contesta usted? ¿En qué piensa?

— En esto: — respondió con firmeza Ceferina, — en que siempre he vivido entre gentes ordenadas y laboriosas y que lo único que me gusta es la probidad y



la constancia en el trabajo... Un hombre que no trabaje y que noche y día corra, en compañía de amigos de dudosa reputación, á través de los bosques ó por el río, y descansa en la taberna en vez de estarse en su casa junto

al fuego, se me antoja odioso... Y usted me propone que me quede en el molino... Si ha de ser para que oiga como prepara sus expediciones con Bernardo y para que le vea marcharse, Dios sólo sabe dónde, en el momento en que tendría que estar moliendo trigo, prefiero decirle desde ahora que no lo consentiré nunca y que me marcharé...

El rostro de Jaime se ensombreció.

— Tiene usted muy mala opinión de mí, y, desdichadamente, yo he hecho todo lo posible para que así sea. Me dejo tentar fácilmente, y una vez puesto en la pendiente no me detengo cuando debería hacerlo, más teniendo á mi pobre madre en casa... Sí, todo eso es verdad, pero deseo conducirme bien y será preciso muy poca cosa para hacerme entrar en razón. Ya ha visto usted que esta mañana me he negado á acompañar á Bernardo... y eso que teníamos lazos para venados en los bosques de Jarcy, y nada más tentador que ir á ver si alguno había caído en ellos.. ¡ Ah!... Si usted se interesase por mí, creo que la vida regular y ordenada me sería fácil y agradable...

— ¿ No puede decidirse á observarla sólo por su pobre madre?

— Claro está que mi madre es una buena mujer á quien quiero con todo mi corazón... pero está acostumbrada á mis calaveradas y no sabe retenerme... Mientras que si usted se quedase á trabajar con nosotros, creo que ni se me ocurriría la idea de salir del molino y

que el trabajo me sería agradable. Solo en la tolva y vaciando los sacos, la tristeza se apodera de mí y los brazos pierden su fuerza... me siento incapaz para trabajar, y parando la rueda me voy á que me dé el aire... En casa me aburro... en fin, quédese y verá usted como nuestros negocios prosperarán...

— Fíjese bien en lo que acaba de decirme, pues como no estoy acostumbrada á la mentira, creo cuanto se me promete.

-- Yo le aseguro que puede creerme.

— Si quiere que me quede en su casa ha de ser para trabajar, y pretendo que aquí cambie todo desde hoy. Yo no quiero que la gente diga que he salido de casa Thiriot para entrar en una morada de desorden y de pereza...

— Convenido.

— ¿ Me da usted su palabra de que se conducirá como hombre honrado, sobrio y laborioso?

— Antes dos veces que una.

— Pues no hablemos más de este asunto, pero conste que en cuanto deje de cumplir lo que ha prometido, lío mis bártulos y me voy.

— Perfectamente, y en lo que de mí dependa le aseguro que no tendrá motivos.

Atrancó la rueda, y en el molino reinó el silencio. La pobre vieja, sorprendida, bajó la escalera, y encontró á los jóvenes que en la cocina disponían la mesa para la comida.

— Madre, hoy es día de regocijo. Bajo á la cueva para ver si en algún rincón encuentro una botella de vino viejo para regalarnos..

— Alto ahí — dijo Ceferina con firmeza. — Nada de vino, pues tiene que acostumbrarse á no beber. Yo que he vivido toda la vida entre bebedores, no beberé nunca más que agua. Si quiere que demos alegría, hagámoslo por medio de palabras amables. Su madre y yo las oiremos gustosas.

— ¿Y á santo de qué tenemos que alegrarnos? — preguntó la buena mujer.

— Pues, porque Ceferina acaba de anunciarme que se queda con nosotros, madre.

La pobre vieja no pudo disimular su alegría. Estrechó á la joven entre sus brazos, la besó en la frente, y dijo con ternura :

— No puede imaginarse, hija mía, cuanto le agradezco que no nos abandone, pues creo firmemente que la buena estrella empieza á brillar de nuevo en el molino.

## VII

Bernardo entró misteriosamente en la cochera de *El Sol de Oro* seguido por Thiriot, y lentamente sacó de debajo de su blusa una hermosa liebre que á la cintura llevaba arrollada cual si hubiese sido una faja. Alisó el pelo con la mano, y guiñando los ojos dijo :

— Sus parroquianos no se romperán las muelas con los perdigones que encuentren en la carne. Es una hermosa *capuchina*. Yo soy como los ministros que no quieren á los congregacionistas y los dispersan.

Y groseramente soltó el trapo á reir.

— ¿Has dado el golpe con Siblot? — preguntó el hostelero.

— No, — contestó El Nutria cuyo rostro se ensombreció repentinamente. — Me ha dejado plantado, y Ceferina tiene la culpa... Esa moza ha entrado en el molino diciendo mando y ordeno, y Jaime la obedece como